

WARHAMMER 40,000

ÁNGELES SANGRIENTOS

LA SANGRÍA

RAY HARRISON

El Hermano Helias de los Ángeles Sangrientos, recién ascendido a la Segunda Compañía, afronta una dura prueba mientras se enfrenta a Marines Espaciales traidores del Caos y a la oscuridad que se esconde dentro de su propia alma. ¿Podrá derrotar al enemigo sin ayuda de su enemigo interno, o va a ser consumido por una de las maldiciones de su línea de sangre?



Ray Harrison

La Sangría

Warhammer 40000. Ángeles Sangrientos

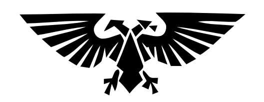
ePub r1.0
Titivillus 08.04.15



Título original: *The Blooding*
Ray Harrison, 2014
Traducción: Adeptvs Hispanvs Transcriptorvm (Rodina)

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





Un monstruo camina con mi paso, a mi lado y está hecho de dientes.

Siento la presa de la *Sed* mientras me encuentro con mi enemigo en el corazón de la catedral. El monstruo. Mi monstruo. Es parte de mí. Es todo lo que soy. Tiene hambre de la sangre de los traidores y hoy será alimentado.

Beberé su sangre.

El traidor lleva una armadura violeta iridiscente, de ella brotan curvos cuernos y está cubierta con piel recién desollada. Me sonríe.

—¿Buscando la gloria, como nosotros, angelito?

Mi respuesta, el roce de mi espada mientras la desenfundo.

El traidor se ríe. Su voz es como el roce de las uñas sobre la piedra. Me empuja la Sed y corro. Soy rápido, pero él lo es más. Esquiva mis primeros ataques con perezosa facilidad. Puedo oler la sangre que corre por debajo de su dañada piel. Soy implacable, empujo hacia atrás al traidor sobre el suelo de mármol, dando golpe tras golpe sin cuartel. El dolor no es nada en comparación con la necesidad de derrotarlo. He de destruirlo. Rompo su guardia lesionándole el brazo. Él ya no sonríe ahora. Golpeo con mi espada el pecho del traidor y empujo la espada. El chorro de Sangre me unge, coronándome príncipe de la muerte.

Me gusta la sangre, me vuelve ciego, sordo y mudo.

Me convierto en el monstruo.

Me domina la Sed y no puedo controlarla.

Recuerdo las palabras de Aphael.

Pienso en su nombre y lo veo delante de mí. Ya no estoy en la iglesia, bajo la mirada de un centenar de destrozados santos. Estoy en Baal. Dunas de color rojo óxido se extienden en la distancia, el aire abrasa mis pulmones. El Capitán de la Segunda Compañía está delante de mí, con una aureola de luz tan brillante que casi no puedo mirarlo.

El monstruo te reclamará, si se lo permites.

La arena se desplaza alrededor de mis pies y empiezo a hundirse. Se mueve alrededor de mis pies y mis piernas, tirando de mí hacia abajo.

—Hermano —le digo a Aphael. La arena llega hasta mi pecho.

Si deja que le domine, entonces está perdido. No hay vuelta atrás.

Aphael se agacha y recoge un puñado de arena. La esparce sobre mi cabeza, como si estuviera lanzando el primer puñado de tierra, sobre un ataúd en una tumba abierta.

—¡Aphael! —le gritó esta vez, pero la arena llena mi boca y se derrama por mi garganta, consumiéndome, enterrándome. Reclamándome.

Cuando despierto, no hay arena, pero hay fuego. A mi alrededor una ciudad arde. Los seres humanos huyen, llorando y heridos. Están siendo perseguidos por las calles por encorvadas y rápidas figuras.

Monstruos.

Monstruos hechos de dientes.

Salto hacia la criatura más cercana, deteniendo su carga. Se defiende como un animal rabioso, gruñendo y gritando. Cojo los destellos más elementales de su armadura y sus marcas, está envuelta en una oscuridad antinatural. Saco mi espada y la conduzco hacia arriba al pecho del monstruo. Sus miembros se agitan y quedan flácidos. Detrás de mí, una explosión florece y la gente grita. Por un momento, la cosa delante de mí queda iluminada por las llamas de la explosión.

Tiene mi rostro.

Tropiezo de la impresión, cayendo en la calzada. Más monstruos vienen y caen súbitamente sobre mí, mordiendo, arañando y gritando. Les combato mientras ellos me asesinan. Mi visión se vuelve un túnel y caigo.

Cuando abro los ojos, estoy en la fortaleza monasterio. Es lo más parecido que he tenido a un hogar, aunque en su estado actual no la reconozco.

La gran sala en el corazón del monasterio está abierta al cielo, las paredes están ennegrecidas por el fuego. Camino entre los monolitos de piedra destrozada. En algunos lugares, ruinosas banderas todavía cuelgan, agitándose con el arisco viento de Baal. Pergaminos con juramentos y papeles con oraciones medio quemados corretean por el suelo, a mis pies.

Ni siquiera puedo llorar al verlo. La devastación es demasiado para mí.

Hay movimiento más delante. Una figura vestida con una maltratada armadura carmesí está a la cabecera del salón. Se vuelve hacia mí. Su armadura lo identifica como de la Segunda Compañía, pero no lo reconozco. Me detengo, he de tener cuidado con este extraño vestido con los colores de mis Hermanos.

—Pensé que era el último —dice. Su voz es una escofina mojada.

La implicación de sus palabras me hace bajar la guardia.

—¿Quién hizo esto? —le grito las palabras y resuenan en la tumba que una vez fue mi hogar—. ¿Dónde están mis Hermanos?

El desconocido mira hacia arriba, las cuajadas nubes en el cielo. Tiemblan y hierven mientras comienza un nuevo bombardeo.

—Lo hicimos —dice—. No teníamos otra opción.

A medida que la tormenta de fuego cae sobre la tierra, por fin encuentro la fuerza para llorar.

Me despierto de nuevo. Estoy en un espacio limpio y blanco. Ante mí hay una mesa y en la mesa hay un cáliz. El cáliz es hermoso, labrado en oro y engastado con piedras preciosas.

—Siempre se vuelve a la sangre, Helias.

La figura está en mi visión periférica. Se mueve mientras doy la vuelta para encararlo, así que nunca puedo verlo claramente. Nunca oí una voz tan hermosa.

—Puedo dominarlo —le digo a la figura.

—¡No! —la figura ruge la palabra y es terrible oírla. Después de un momento de silencio, habla de nuevo, más suavemente—. Nadie puede dominar al monstruo.

—Durante décadas, mis Hermanos han practicado la «Sangría» —le digo —. Al tomar la sangre de nuestro enemigo, calmamos la Sed y nos volvemos más fuertes. Es la única manera de mantener el monstruo a raya.

Hay otra larga pausa. Oigo un sonido como el pasar de páginas o un aleteo.

—¿Cree sinceramente que el rito te protegerá? —me pregunta la voz, con un rastro de esperanza en su pregunta.

—Tiene que hacerlo.

—Entonces, beba del cáliz. Aguante. Emerja más fuerte.

La figura, la forma parpadeante en el borde de mi visión, desaparece con un estallido de pura y blanca luz.

Cojo el cáliz. Está lleno de sangre. El olor es insoportable.

Pongo el cáliz en mis labios y bebo.

Esta vez, estoy realmente despierto. Estoy de rodillas en el piso de la catedral, veo el cuerpo del mentiroso traidor roto sobre el mármol, justo delante de mí. Su armadura está estrellada y agrietada. Le han arrancado la garganta.

Debo haber sido yo.

Lo destrocé.

—¿Helias? —la voz del Capitán Aphael me recuerda las arenas movedizas.

—Sí, señor —me las arreglo para contestarle.

—¿Lo has hecho?

Miro hacia la ruina, que hasta hace poco, era un Marine Espacial Traidor.

—Sí.

—Entonces el monstruo ha sido derrotado. Has hecho bien, Hermano.

Recojo mi propio reflejo en cientos de paneles de vidrio roto. La sangre cuelga en gruesas cuerdas desde mis colmillos. Veo la piel de alabastro y los ojos negros como el vacío del espacio. Veo la dorada armadura cubierta de sangre y las manos curvadas como garras.

Y ya no estoy tan seguro.